

# La Crónica Caleidoscópica

EC 19/4/64, 8

## Horizontes de la Cultura

8

por  
Diego  
Mirán

Séneca previó el Nuevo Mundo. Colón lo halló. Los cronistas lo revelaron a pesar de que la guerra conquistadora devastó los signos esenciales de ese universo autóctono y diferente. La crónica, por ello, es un género que, aparte de su valor testimonial y de su ocasional importancia literaria, los americanos tenemos que considerar como una fuente de nuestro ser, una lectura que, a la manera de los clásicos, nos sirva, por encima de sus méritos o deméritos como forma de las letras, para mirarnos en un vasto retrato cultural.

Peró el lector no especializado, el que no es historiador ni está avisado para transitar por la boscosa floración de la crónica, necesita un derrotero. El único recurso que hay para que el hombre culto se ponga en relación con estos libros, unos escritos en el fragor de la guerra, otros concebidos como memoriales, bastantes redactados en la tranquilidad de la última edad, es la antología. Hacía falta dicha selección que, liberada del aparato erudito pero al mismo tiempo sostenida por la información complementaria, estuviera siempre a la

mano para retornar a ella cuando fuere necesario, como quien vuelve al manantial mismo de razas y pueblos nativos.

Y ya tenemos esa antología. Se trata de "Cronistas de las culturas precolombinas" (Fondo de Cultura Económica, México, 1963,) el libro que con toda su concentrada sabiduría y su eficaz didacticismo preparó y dejó listo para las prensas un español peregrino, Luis Nicolau D'Olwer. Es preciso advertir que esta selección no aleja del interés por el conocimiento completo de cada una y todas las crónicas, cuyos fragmentos más importantes desde el punto de vista de la visión cultural recoge. Por el contrario, gracias a la nota biográfica y crítica que precede a cada autor, a la bibliografía que le adjunta y, sobre todo, al acierto de la elección, está destinada a despertar la curiosidad por un estudio más directo y más amplio de las fuentes.

El medio centenar de autores que reúne "Cronistas de las culturas precolombinas" manifiesta la variedad de las gentes que, enroladas en la aventura conquistadora, no se resignaron a

hacer la historia sino que quisieron escribirla. Gentes de variada cultura, desde soldados hasta humanistas; gentes obsedidas por la riqueza, la gloria o los placeres; gentes austeras o iluminadas, embusteras o realistas, religiosas o disipadas, estos escritores son los únicos intermediarios entre nosotros y los reinos ya muertos y a ellos les debemos el pasado. "Vasta galería espiritual —dice Nicolau D'Olwer— donde se reflejará diversamente, contradictoriamente, la cultura de los pueblos americanos, como figura que se refleja simultáneamente en espejos cóncavos, convexos, esféricos, parabólicos. Imagen deformada. No menos importante por ello, pues a través de tales deformaciones fue conocido y tratado el hombre de América por el que llegaba de occidente, a través de los mares".

En consecuencia, el libro del historiador hispano radicado en México que ahora ve la luz es un caleidoscopio. Como en el juego de los vidriantes coloreados, el pretérito del Nuevo Mundo es una especie de sueño, al mismo tiempo que una verdad de infinitas realidades.